



DS

109

G 99

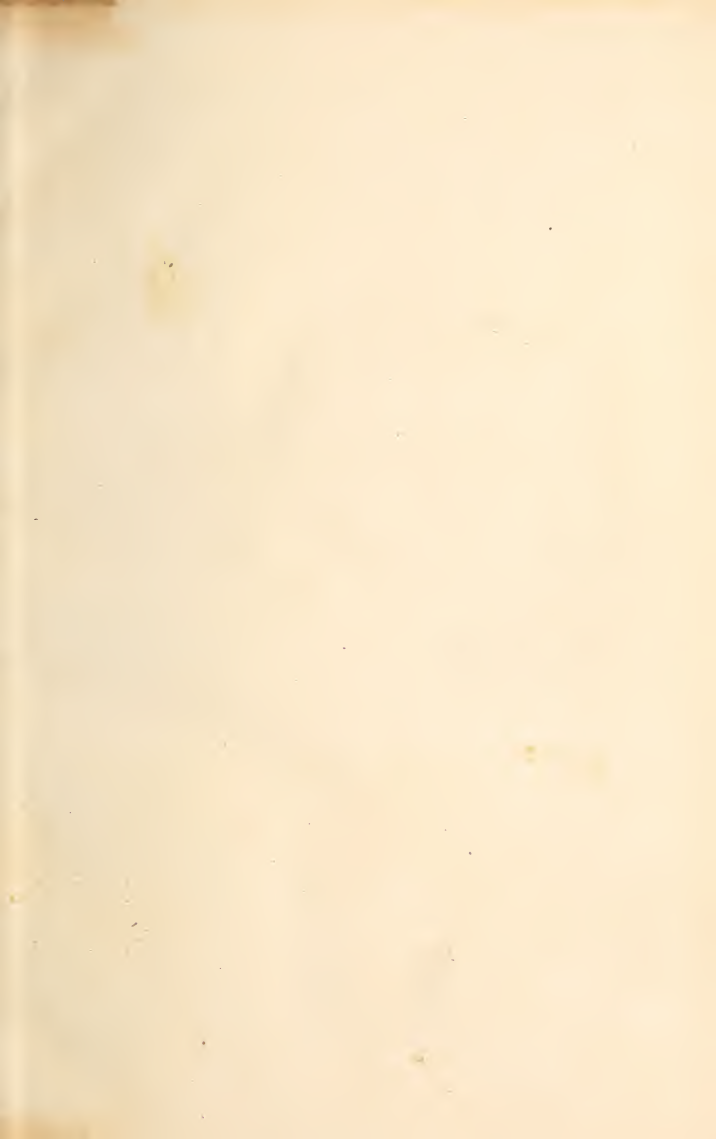


Library of Congress.

Chap. DS 109

Shelf G 95

UNITED STATES OF AMERICA.



BREVE
Y SENCILLA NARRACION
DEL VIAGE' QUE HIZO
A VISITAR LOS SANTOS LUGARES
DE JERUSALEN
EL P. FR. JOSE MARIA GUZMAN,
AMERICANO, É HIJO DEL COLEGIO APOSTOLICO DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE ZACATECAS-
EN LA REPUBLICA MEXICANA:

QUIEN LA DEDICA A SU PATRIA.

PUBLICALA UN AMIGO DEL AUTOR.

Cuarta Edicion.

MÉXICO: 1837.

IMPRESA DE ABADIANO, CALLE DE SANTO
DOMINGO NUMERO 12.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS

AND ARCHITECTURE

RECORDS OF THE DEPARTMENT

OF THE HISTORY OF ARTS

AND ARCHITECTURE

FOR THE YEAR 1914

CHICAGO, ILL.

1915

II S109
G99

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

DEPARTMENT OF THE HISTORY OF ARTS
AND ARCHITECTURE



EL EDITOR.

El día 13 del próximo pasado Marzo llegó á esta Capital el R. P. Fr. José Maria Guzman, de vuelta de Roma, á donde fué á agitar la causa de la beatificacion del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, fundador de los principales colegios de Propaganda de esta América.

Aunque este fué el principal objeto de su viage, se propuso visitar los lugares Santos de Jêrusalén, ínterin el fiscal despachaba dicha causa en Roma; verificó su viage felizmente, y sus amigos nos llenamos de inquietud y deseos de saber todo lo que le habia pasado en tan larga peregrinacion. Luego que tuve el honor de abrazarlo, le pedí algunos apuntes de su piadosa expedicion, y satisfizo mi curiosidad franqueándome impresa en Roma, la breve y sencilla narracion que ahora presento al público, y autorizándome para que la reimprimiese. Era preciso hacerlo así; ya, por el corto número de ejemplares que habrá traído para satisfacer los deseos de una multitud de personas piadosas, ó curiosas, que desean tener noticias de la Palestina; ya, porque dicha narracion está plagada de erratas de imprenta; y tanto, que en la fé de ellas llega su número á ciento y ocho, sin contar con las que se le fueron por alto al revisor, é innumerables en la puntuacion y prosódia: en Roma apenas se sabe componer en español, por lo que esta relacion, aunque corta, tardó algunos meses en publicarse. Yo creo que hago un servicio á la re-

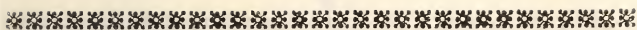
ligion en darla á luz, no menos que á la literatura de los Mexicanos, en su segunda parte. Este Pueblo es esencialmente piadoso: se recrea al oír noticias de aquellos lugares donde tuvo su origen la religion que profesa, así como un buen hijo recuerda con entusiasmo la historia ó anécdotas relativas á sus padres, ó á su casa solariega, y deslinda escrupulosamente hasta las mas pequeñas circunstancias de su genealogía y de sus hechos. Cuando desaparece de entre nosotros un amigo ó un deudo á quien amamos tiernamente, visitamos el lugar donde le oímos hablar, donde ejerció su caridad para con los infelices, y desarrolló las virtudes que animaba en su corazon. ¡Con cuánta complacencia, pues, no recorreremos y visitaremos con la historia aquellos mismos lugares, donde Jesucristo se mostró el mas benéfico de los hombres, donde asombró al mundo, ya con su doctrina, ya con su beneficencia, ya en un patíbulo afrentoso, derramando toda la sangre preciosa que circulaba por sus venas para redimirnos de una muerte eterna y bien merecida? La historia nos guia como por la mano, y nos dice. . . . aquí llenó al mundo de alegría con su nacimiento. . . . aquí confundió en su edad tierna la sabiduría de los sábios Rabinos. . . . Aquí anunció por primera vez las palabras de consuelo y bienaventuranza, para preparar á los humildes á seguir su doctrina. . . . Aquí alimentó á cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. . . . Aquí sanó una multitud de enfermos, extendiendo sobre ellos sus manos. . . . Aquí resucitó un muerto, y llenó de gozo á una viuda desconsolada. . . . Mas yo no pretendo hacer la reseña de la vida de este Dios benéfico, ni fué tal la voluntad del P. Guzman en toda la extension de la palabra; fué sí excitar nuestra curiosidad, y aprovecharnos de ella para remontarnos con la imaginacion á pensamientos saludables, y cuya meditacion debe dar por fruto una conversion sincera.

La relacion de este respetable sacerdote está escrita con la noble sencillez y modestia que lo caracteriza: nadie puede escucharla de su boca sin sentirse herido de los mas tiernos afectos; el fuego de caridad que aparece en este escrito,

aparece tambien en sus discursos; á sus palabras siguen naturalmente los suspiros y lágrimas que brotan de sus ojos, y que van acompañadas de los que las escuchan aun sin querer. Esta especie de electricidad se conmueve y sacude sin otro conductor que el asunto mismo que trata, el cual no puede ser indiferente al que tiene un espíritu noble, y una alma cristiana y sensible. No esperen, pues, sus lectores hallar en esta relacion las bellas y poéticas descripciones de aquel Chateaubriant, que ha encantado á la Europa con su hermosa pluma; esperen, sí, ver á un Peregrino cristiano, poseído de afecto á su Redentor, que lo lleva en su corazon. que lo sigue y acompaña en las escenas dolorosas de su passion y muerte, que besa humilde aquellos lugares, ennoblecidos y santificados con la presencia y sangre de Jesucristo, y que ofrece su corazon al mismo Padre Eterno en el mismo número lugar donde su Unigénito Hijo profundió la última gota de su sangre por redimir á un mundo delincuente. Esta es la expresion de un espíritu caritativo, que no puede leerse con indiferencia, porque la noble sencillez es compañera inseparable de la verdad. Yo no la pude tener cuando le oí la muy interesante descripcion que me hizo de Jerusalén: aquella Ciudad, me dijo, siempre está de luto, no se oye en ella el menor ruido, ni el canto de las aves. Apenas se escuchan en el Monte Calvario los quejidos de unas tórtolas blanquesinas con cuello negro de las que aquí conocemos por de Campeche, cuyo canto es mas bien un quejido triste, agudo y penetrante. Este razgo me transportó á aquel terrible lugar, y me afectó del mismo sentimiento que puede ocupar el ánimo de los moradores de aquella infeliz Ciudad, y que tienen bien presente el horrendo deicidio que se cometió á presencia de sus áridas colinas.

Tiempo es ya de volver nuestra vista al desengaño, y de escuchar su magestuosa voz. El filosofismo, ó dígase con mas propiedad, la incredulidad, huye hoy avergonzada de la culta Europa, habiéndose ya convencido de que en la América no podia fijar su pendon, ni establecer su imperio; logró, sí, por un momento engañar á uno que otro incauto, á una que

otra mugercilla nécia; pero la cruel epidemia del Cholera morbus de 1833 que nos ha dejado las impresiones mas dolorosas, hizo que volviesen de su vértigo; entonces se acordaron de la fé de sus padres y de sus promesas consoladoras, y volvieron á abrazar con doble afecto y confianza aquellos principios de que habian renunciado cuando gozaban de una salud robusta. ¡Calamidad dichosa, que produjo tan saludable desengaño!! Entiendo por lo mismo, que mis conciudadanos darán una acogida favorable á esta relacion: quizá algunos se remontarán con la mente hasta aquellos lugares santos, harán sérias reflexiones que los conducirán naturalmente á la reconciliacion con su Dios: es imposible que ocupándose de ellas deje su corazon de inundarse de esperanzas y consuelos que inútilmente se buscan fuera de la religion de Jesucristo. Tal es el objeto con que se procura dar á luz este precioso escrito.—México, 1837.



HACÍA ya muchos años que mi corazón deseaba con ansia viajar por la Palestina, solamente por visitar aquellos venerables Santuarios, y ver con mis propios ojos los lugares felices en que un Dios hecho hombre, obró los misterios de nuestra Redencion. Estos deseos los miraba yo entonces como unos sueños, ó mas bien, como unos delirios de la fantasía, incapaces de realizarse, en atencion á la pobreza de mi estado, y á las inmensas distancias que separan aquella parte del globo de mi dulce y adorada patria la América. Mas Dios, que cuando quiere facilita aun los mismos imposibles, queriendo por su bondad proporcionarme el cumplimiento de mis ansias, dispuso con su admirable Providencia, que por modo extraordinario pasase yo á la Ciudad de Roma, como encargado de la Postulacion de la causa de Beatificacion del V. P. Fr. ANTONIO MARGIL DE JESUS, que hacia como cuarenta años que estaba cuasi suspensa.

Salí, pues, de Veracruz el 6 de Marzo del año 1834; y despues de los disgustos, trabajos y zozobras consiguiendes á la primera navegacion, y á la estacion en que emprendí mi marcha, á los veinte ocho dias de ella arribé á Nueva-York, Ciudad populosa de Norte América. Me demoré allí quince dias, tanto por tomar algun descanso, como para hacerme cargo de la clase de gobierno que tienen aquellos Estados Unidos. Admiré en efecto la pulcritud, la hermosura, el aseo, la buena fé en los tratados, y en suma la felicidad de aquellos dichosos ciudadanos. No obstante, en aquellos dias fuí testigo ocular de algunas conmociones populares á causa de las elecciones.

El dia 17 de Abril tomé otro buque, y me dirigí pa-

ra la Francia, y el 8 de Mayo desembarqué felizmente en Habre de Gracia, de donde me dirigí á la famosa Paris. Allí enfermé gravemente; pero con la asistencia y auxilios que me ministro mi grande amigo el Excmo. Sr. General D. Anastasio Bustamante, recobré la salud en pocos dias. Visité despues todas las cosas que llaman la atencion en esta Capital, especialmente sus jardines y fábricas, y el dia 4 de Junio, volví á tomar mi camino, y atravesando casi toda la Francia, y parte de la Toscana, llegué finalmente el 26 del mismo mes á la gran Roma, Metrópoli del mundo católico. Manifesté mis poderes, y fuí reconocido por la Sagrada Congregacion de Ritos, como legítimo Postulador, aun antes de vestir el hábito Religioso; pues toda mi peregrinacion la habia hecho en traje de secular.

El 12 de Julio me pasé al Convento de Araceli á la habitacion que tienen los Americanos, reedificada con los mismos dineros de la causa del V. P. Margil. Me vestí el hábito, y luego comencé á agenciar la dicha causa; de modo que á los ocho meses, esto es, el 3 de Febrero del año de 1835, se celebró la Congregacion que llaman segunda preparatoria. Seguí despues mis instancias para la general *Coram Sanctissimo*; pero habiéndome asegurado el Promotor de la fé, que hasta despues de seis meses no podria trabajar en mi comision, por estar comprometido con otras, determiné aprovechar este tiempo en hacer mi viaje premeditado á la Tierra Santa.

A esta sazón, felizmente se hallaba recién electo en Ministro General de toda la Orden Seráfica el Rmo. P. Fr. Bartolomé Altonir, sugeto recomendable, que me honraba con su amistad, y que habitaba en el mismo Convento de Araceli; le comuniqué, pues, mi intento, y no solo me lo aprobó, sino que al momento me extendió la patente á mi satisfaccion. Pasé despues á ver á N. SS. P. GREGORIO XVI. felizmente reinante, y le pedí la bendicion Apostólica para partir á Jerusalén, y habiéndomela concedido benignamente su Santidad, salí de Roma el 19 de

Marzo del mismo año de 1835, en compañía de un Padre Español llamado Fray Pedro Clemente, que acababa de llegar á Roma de aquellos Santos Lugares, y per lo mismo era ya muy práctico en esta peregrinacion. Me acompañó tambien el hermano Donado Florentino Gomez, Zacatecano, que habia venido conmigo desde la América.

El dia 28 llegamos á Viterbo, donde dicha la Santa Misa, y obtenida la licencia del Sr. Obispo, entramos al antiguo Monasterio de Sta. Maria de Podio, y besamos la mano á la célebre Sta. Rosita, que es una de las incorrupciones mas extraordinarias que se encuentran por la Europa. Visitamos tambien la humilde casa de dicha Santa que ahora está dentro de los muros del Monasterio. Dos Papas han pasado á Viterbo á visitar á esta Sta., y le han besado tambien la mano.

De Viterbo nos dirigimos á Monte-Fiascone, donde se encuentra el mentado vino de *Est.* De aquí al Lago de Bolsena, donde fué ahogada Santa Cristina, y al dia siguiente llegamos á *Aqua pendente*, y salimos ya de los Estados Pontificios. internándonos por la Toscana, justamente llamada el *Jardin de la Italia*. Estuvimos en Sena, donde admiramos la famosa Torre, el Campo Santo y Bautisterio, y en Florencia, Capital de la Toscana, donde vimos los paseos y Palacios, y visitamos los Cuerpos de S Andrés Corsino, Santa Maria Magdalena de Paxis, B. Bartolomea Bañesi, B. Hipólito Galantini, &c. &c.: visitamos tambien la célebre Cartuja, y en el Convento de Franciscanos se nos manifestó el mismo hábito con que recibió las Llagas N. P. S. Francisco, que es de color ceniciento, y como lo acostumbbran llevar los Misioneros Franciscanos de la América. Pasamos en esta Ciudad la Semana Santa, y despues nos dirigimos á Liorna, en donde tuvimos que aguardar hasta que se proporcionase embarcacion para Levante. Esta se demoró mas de lo que nosotros pensábamos, pues hasta principios de Mayo no se pudo dar á la vela para aquellas partes un Bergantin Genovés, que estaba para partir.

El 6 de Mayo de 1835 nos embarcamos en Lior-na en compañía de cuatro Religiosos Carmelitas, que conducian una bellissima y portentosa Imágen de Maria Santisima, que se debia colocar en el mismo Monte Carmelo: á la proteccion de esta Señora, atribuyo yo la felicidad de nuestra navegacion, pues siempre hubo viento en popa; y despues de dar vista á las Islas de Córcega, Cerdeña, Caprara &c., costeando por Malta, Candia (antigua Creta) y Chipre, llegamos finalmente el 21 del mismo Mayo á Bayrut, puerto célebre de la Siria.

Desembarcamos el 22, y el 26 á las tres de la tarde nos dimos á la vela para el Monte Carmelo en una pequeña barca de Griegos cismáticos: al dia siguiente los vientos contrarios nos hicieron tomar puerto en Sayda, que es la antigua *Sidon*. Todas estas Ciudades ya son de Turcos, y solo se encuentran algunos Cristianos Maronitas, Armenios ó Griegos, cuyos Sacerdotes por lo comun son casados. Nos detuvimos en Sidon hasta el dia 30, en que á la una de la tarde nos embarcamos para el Monte Carmelo. El 31 amanecimos en el puerto de la antiquisima Ciudad de Tiro, que está muy destruida, y casi nada le queda de su opulencia y celebridad primitiva. De aquí fué Rey Hirán, el que ayudó á Salomon en la fábrica del Templo.

El dia 1. de Junio pasamos por frente de la Ciudad de S. Juan de Acre, que es la antigua Tolemaida, y como á las diez del dia arribamos al pie del Monte Carmelo. Fuimos recibidos con mucha urbanidad de aquellos Religiosos, y luego nos condujeron á su nuevo y hermoso Convento que tienen edificado en lo alto de la montaña. El 2 de Junio dije Misa en la cueva del Santo Profeta Elías, que está bajo del altar mayor de la Iglesia de dicho Convento. Visité el mismo dia la fuente del mismo Santo, la cueva de S. Eliséo, y la Escuela de los Profetas, que es una cueva espaciosa de veinte y un pasos de largo, y doce de ancho.

El 3 de Junio dije tambien Misa en la misma cueva de S. Elías, y á las diez de la noche montado en un asno aparejado, acompañado de dos Turcos, me dirigí á la San-

ta Ciudad de Nazaret. En mi vida habia pasado noche igual á aquella: llovió sin cesar; pero con tanta fuerza, que pasando el agua el sombrero, que era de paja, me corría con abundancia por la cabeza, rostro, estómago, y los paños interiores; creí morirme, tanto era lo que sufría: el asno cayendo y levantando, la noche envuelta en tinieblas; de modo, que no percibia cosa alguna: la senda perdida, cansadísimo, sin que comer, &c.: llegó en fin el dia, reconocimos la senda; pero el agua siguió en abundancia; y suplicándole á un Turco que me compusiese el hábito, éste, como no entendia la lengua, me levantó una pierna, y me hizo caer al otro lado sobre el lodo y las espinas. Todos estos trabajos se me endulzaban con la consideracion de que ya finalmente me hallaba en la Palestina, y que la tierra que pisaba era una tierra bendita, santificada con las sagradas plantas de Cristo nuestro Señor, y de su Santísima Madre. En fin, como á las diez del dia llegamos á Nazaret, á aquella Ciudad dichosa en donde el Verbo divino encarnó, y vivió veinte y tres años.

En la misma casa de la Virgen está el Convento de N. P. S. Francisco; me recibieron estós Padres con mucha caridad, me proporcionaron hábito y ropa para mudarme, y allí descansé de mis trabajos y caída turca.

El dia 5 dije Misa en el mismo lugar donde se obró el misterio de la Encarnacion: en la tarde asistí como *Peregrino* á la procesion que diariamente se hace despues de completas, que son siempre cantadas, y me causó gran ternura el ver á los infantitos, que apuntando á un tiempo con sus deditos á aquel sagrado lugar de la Encarnacion, cantaban dulcemente: *Hic Verbum caro factum est. Alleluja*, y la Comunidad respondia: *Et habitabit, &c.*

Aquí es preciso advertir, para quitar equivocaciones, que aunque la Santa Casa que tenia la Santísima Virgen en Nazaret, fué trasladada por ministerio de los Angeles á Loreto, como yo mismo la ví allí el año pasado de 1834, y dije en ella dos veces la Misa; sin embargo, como las casas de los pobres en el Levante acostumbran tener en lo

interior alguna cueva que sirve como de Oratorio, ó recámara fresca para dormir, la casa de la Virgen tenia tambien ésta cueva ú Oratorio, como al presente se vé todavía al natural, y allí estaba la Señora cuando el Angel le anunció la Encarnacion. El lugar donde apareció el Angel, que corresponde á aquel donde estaba la puerta interior de la casa trasladada, que comunicaba con la cueva, está señalado con una gran columna de pórfido, puesta por Santa Helena. En el Altar de esta feliz cueva, que es todo de mármol, se dice todos los dias que no son de primera clase la Misa de la Encarnacion, lo mismo que en Loreto.

En el referido Altar de la cueva de Nazaret, como he dicho, celebré la Misa cinco dias; la dije tambien en la Oficina del Señor San José, que está distante de allí como un tiro de fusil: la dije asímismo en *Mensa Christi*, que es un Templo en la orilla de Nazaret, donde se vé una gran piedra que se eleva de la tierra como unos cinco palmos; allí es tradicion que comió varias veces Jesucristo con sus Apóstoles, y se venera en aquel lugar una Imágen del Salvador, que dicen ser la mas parecida al original; y ciertamente encanta su hermosura, y magestad. Visité tambien la fuente de la Virgen, esto es, aquella misma á donde iba todos los dias la Reina de los Cielos á traer agua para sus necesidades; de esta bebe todo Nazaret. Visité tambien el *Precipicio*, que es un horrible despeñadero en el extremo de una montaña contigua á la Ciudad: en este lugar quisieron precipitar á nuestro Señor sus mismos paisanos, y su Magestad se les escapó de las manos, como dice el Evangelio. Allí hay un Altar excavado en la peña donde se dice Misa cuando se hace la peregrinacion, y se gana Indulgencia. La misma se gana en *Sefora*, poblacion distante una legua al poniente de Nazaret, patria del Señor San Joaquin y Señora Santa Ana. En fin, visité la casa del Zebedéo donde nacieron los Apóstoles Santiago el Mayor y S. Juan: está situada en un pequeño pueblo llamado *Safa*, como dos millas distantes de Nazaret. Existe aun en el mismo Nazaret, la propia Sinagoga á

donde continuamente concurría nuestro Señor. Yo no pude decir allí Misa cuando fuí á visitarla, porque se hallaban los Griegos celebrando sus oficios.

Despues de haber estado cinco dias en Nazaret alojado en la misma celda en que estuvo Napoleon cuando entró á la Palestina, determiné marchar al Monte Tabor, Jordan &c., y á las diez de la noche salí de Nazaret, acompañado con otros Religiosos y dos Turcos: á las dos de la mañana estábamos en la cima del aquel Santo Monte, que es muy alto, hermosísimo, y está como separado de todos los montes vecinos; digimos Misa succesivamente los cinco Sacerdotes que allí estábamos, en el mismo lugar donde el Señor se transfiguró, y despues de registrar aquel Sagrado Monte, y cortar algunas varas para báculos, nos bajamos, y cantamos el Evangelio en aquel lugar en donde dijo el Señor á sus Discípulos: *Visionem quam vidistis &c.* Despues nos dirigimos al Jordan, á donde llegamos como á las tres de la tarde; y habiendo tomado alguna refeccion, y bebido aquellas aguas, nos fuimos para el Mar de Tiberiades, que es un gran lago que se forma de las mismas aguas del Jordan, y tiene como diez y ocho millas de largo y nueve de ancho, segun mi regulacion. Nos dió alojamiento un Turco á las orillas de este lago, y delante de nosotros un jóven arrojó su pequeña red á la agua, y en menos de dos minutos sacó en ella treinta y tres peces, tal es la abundancia de ellos que contiene este lago; los tomamos todos para cenar y comer otro dia, que nos detuvimos allí para bañarnos. Tres veces nos bañamos en este feliz lago, en cuyas aguas tantas veces anduvo Jesucristo.

Al dia siguiente pasamos á la Ciudad de Tiberiades, visitamos la Sinagoga de los Judios, hablamos con los rabinos, y allí una Judia jóven trataba de inducirnos á su secta; la despreciamos y nos retiramos á la Iglesia de S. Pedro, en donde este Santo Apóstol fué tres veces examinado por Jesucristo sobre el amor que le tenia, y fué encargado del gobierno de la Iglesia. Hay allí un cuadro hermosísimo que manifiesta al vivo todo el pasage, remitido

por el Rey de Portugal. De aquí nos dirigimos para el Monte de Pan y Peces, que dista de Tiberiades como cinco millas. En el tránsito se descubre á lo lejos la Ciudad de Cafarnaun, casi destruida, donde fué llamado S. Mateo al Apostolado, y es lugar famoso en el Evangelio por los muchos milagros que allí obró el Salvador: se ve tambien el lugar donde estaba situada Genezaret, en donde Jesucristo obligó á los demonios á entrar en los animales inmundos, los que luego se precipitaron en el lago, que es el mismo de Tiberiades. Se ven asímismo las ruinas de Betsaida, pátria de los Apóstoles S. Pedro, S. Andrés y S. Felipe. En lo alto de la montaña está situada la antigua Ciudad de Betulia, en donde se quebrantaron las fuerzas de los Asirios, por la valiente y famosa Judit.

Llegamos en fin al Monte de Pan y Peces, al mismo lugar en donde nuestro Señor Jesucristo con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil hombres, como refieren los Evangelistas; se cantó allí el Evangelio, pues siempre para este efecto se lleva todo lo necesario; y despues de tomada alguna refaccion nos dirigimos al Monte de las Bienaventuranzas, en donde Jesucristo predicó aquel divino sermón, comenzando por las palabras: *Beati pauperes, &c.*, se cantó el Evangelio, y nos fuimos al campo de las Espigas, en donde Jesucristo mandó á los Apóstoles cortar algunas espigas, para socorrer su necesidad. Aquí tambien se cantó el Evangelio, y nos marchamos á Caná de Galilea, pátria de los Apóstoles S. Simon, S. Mateo y S. Bartolomé. Está esta poblacion muy arruinada, pero su situacion es hermosa. Vimos la casa de S. Bartolomé, y despues pasamos al lugar en donde se celebraron aquellas bodas, en las que Jesucristo obró su primer milagro, convirtiendo el agua en vino á petición de su Madre Santísima: ahora es un templo arruinado que está en poder de los Turcos, los que nos permitieron cantar allí el Evangelio para ganar la Indulgencia, pues en todos estos lugares estan concedidas muchísimas indulgencias por varios Sumos Pontífices; despues vimos la fuente de donde se extrajo la

agua, que la dá muy buena; y como ya era tarde, con unas tórtolas que se mataron con la escopeta en aquellos árboles, un poco de arroz que llevábamos, y leche ágría que nos vendieron los Turcos, comimos y nos regresamos á Nazaret, á donde llegamos de noche. Me detuve aun en Nazaret otros dos dias celebrando y orando quanto pude en el lugar de la Encarnacion. El dia de la Santisima Trinidad, me concedieron los Padres que cantara la Misa, la que me solemnizaron mucho, y yo mandé preparar con tiempo en el refectorio otros dos principios de ave para la comunidad, lo que me costó muy poco.

En el mismo dia, que fué el 14 de Junio á las tres de la tarde, determiné irme para Jerusalén, no obstante que se decia que habia peste; quise irme por la Samaria, por donde regularmente iban á Jerusalén todos los años Jesucristo y sus Santisimos Padres. Este camino ha sido muy peligroso, y muy pocos lo han andado por el justo temor que tienen á los Samaritanos; mas en este año estaban desarmados por Ibrain-Bajá, y así me arresgué á ir por en medio de ellos. Salí, pues, á caballo, acompañado de dos Turcos; y dejando á la izquierda el Monte Tabor, la Ciudad de Naim, el Monte Hermon, y los Montes de Gelboé, donde murió Saul, llegué ya muy entrada la noche á Ginin, sitio donde salieron á Jesucristo aquellos diez leprosos que curó su Magestad, y solo uno volvió á darle las gracias. Aquí comienza la Samaría.

El 15 á la madrugada salí de Ginin, y como á las once llegué á Sebaste, Ciudad antigua y muy arruinada, donde estuvo sepultado S. Juan Bautista; como á las seis de la tarde llegué á la antiquísima Ciudad de *Siquén*, llamada hoy por los Turcos *Napulosa*, Capital de toda la Samaría; atravesé por toda la Ciudad sin experimentar mas vejacion que ciertas palabras injuriosas que nos gritaban unos muchachos Turcos. Pasamos al Pozo de la Samaritana, que distará de la Ciudad como dos millas, vimos allí inmediato el Sepulcro del antiguo José, el campo que dió Jacob á este querido hijo suyo, el Monte Betél, &c. y por temor de al-

gunos Turcos que parecian asecharnos, caminamos en la noche hasta llegar á una muy pequeña poblacion, en donde estaba un Turco principal que nos recibió con muestras de benevolencia. Allí descansamos un poco, y el 16 muy temprano proseguimos nuestro viage, y como á las once del dia para librarnos un poco del sol que nos abrasaba, nos entramos á una gruta inmediata al camino; nos refrescamos allí, tomamos alimento, y siguiendo la marcha, como á las cinco de la tarde llegamos á *Macmas*, sitio en donde la Virgen y Sr. S. José echaron menos al Niño Jesus, y se volvieron á buscarlo á Jerusalén. Como á las seis de la tarde descubrimos los muros de la Santa aunque ingrata Jerusalén, cuya vista no puede menos de causar en un corazon cristiano muy encontrados afectos: la devocion, la ternura, la tristeza, la alegria, la gratitud, el amor, la indignacion, todo conturba el espíritu. Allí se representa á la imaginacion hasta donde pudo llegar el amor y dignacion de un Dios para con los hombres, y hasta donde pudo llegar la ingratitud y perfidia de estos para con su Dios. Todo esto se me representó vivamente á la primera vista de Jerusalén, y no pude menos que derramar muchas lágrimas; y bajando del caballo me postré á besar aquella tierra bendita, para ganar la indulgencia plenaria que hay concedida por esto. Y considerando que si me detenia un poco, podrian cerrar las puertas de la Ciudad, monté pronto á caballo, y apresurando el paso logré entrar por la puerta que llaman de Damasco, un momento antes que cerrasen las guardias. Me dirigí luego al Convento de S. Salvador, y hallé que estaba cerrado por el temor de la peste; no obstante me recibieron aquellos Religiosos en un Hospicio de abajo, manteniéndome tres dias incomunicado por el dicho temor, hasta que el dia de Corpus, 18 de Junio, pude ya decir Misa, y tratar con los Padres que me obsequiaron extraordinariamente.

A otro dia, por la limosna corriente, tomé unas cajas de rosarios y cruces, y tambien me dieron los Religiosos muchas cosas apreciables.

El 20 bajé con mis compañeros al Convento del Santísimo Sepulcro, pagué á los Turcos que tienen las llaves del Templo, y me abrieron. Entré, adoré el Sepulcro de mi Dios con la devocion que pude; lo mismo hice en el Monte Calvario, piedra de la uncion, lugar de la division de las vestiduras &c., y aunque el Convento estaba cerrado por el temor de la peste; pero el sacristan, que era un Religioso Murciano llamado Fr. José de Valverde, que vivia por separado con puerta interior al templo para cuidar las lámparas &c., me dió alojamiento en su habitacion; con esto me quedé con él gustosísimo, pues tenia la entrada franca de dia y de noche, á la hora que quería, á todos aquellos santos y venerables Santuarios.

El dia 21 dije Misa sobre la lápida sola del Santísimo Sepulcro. ✠ El 22 y 23 dije Misa en el Santo Monte Calvario, renovando, aunque indigno, el mismo Sacrificio que en aquel propio lugar ofreció Jesucristo por nosotros.

En todos estos dias hice aberturas por mañana y por tarde, pagándoles á los Turcos para que me dejaran salir, y me abrieran cuando volvía, para de esta suerte tener proporcion de visitar todos los lugares venerables de aquella santa Ciudad. El primer dia me fuí al Monte Sion; ví donde, despues de la Ascension, vivió y murió la Santísima Virgen. Visité el Santo Cenáculo, en donde hizo nuestro Señor la última cena, instituyó el Santísimo Sacramento, y despues de resucitado apareció á los Apóstoles. Aquí fué donde reunidos estos despues de la Ascension, celebraron la eleccion de S. Matías, recibieron el Espíritu Santo en compañía de la Santísima Virgen, y de aqui despues se derramaron por todo el mundo á predicar la doctrina de Jesucristo. *De Sion exhibit lex.*

Este lugar tan venerable y tan sagrado, está por nuestros pecados hecho mesquita de Turcos, y no dejan entrar allí á los Cristianos; pero á mí, por providencia de Dios, me permitieron entrar á hacer oracion. Saliendo de aquí me fuí á la casa de Caifás, adonde fué juzgado

digno de muerte el mismo autor de la vida. Todo esto estaba antiguamente dentro de los muros de la Ciudad; pero destruida ésta por los Romanos, y vuelta á reedificar, ha quedado fuera de ellos. De la casa de Caifás me fuí al torrente Cedrón, por el mismo camino que anduvo nuestro Señor, cuando lo traían preso del huerto de Getsemaní: en aquel torrente, que está ahora seco, y se deja ver en medio del profundo Valle de Josafat, cayó nuestro Señor cuando lo conducían atado, y dejó impresa en una dura peña la planta del pie, que hasta el día se conserva, y yo mismo la adoré y besé varias ocasiones para ganar la indulgencia. Pasado el Valle de Josafat, llamado así porque allí se deja ver, aun el día de hoy, el magnífico Sepulcro de este Rey, está el huerto de Getsemaní, donde se ejecutó la prision del Redentor. Aun existen allí ocho olivos, que en la grosura de sus troncos, tortuosidad y aridez de sus ramas, manifiestan claramente la verdad de la tradicion, que afirma haber sido ellos testigos de aquel funesto catástrofe. De los huesos de las pocas aceitunas que dan estos olivos, forman los Religiosos algunas coronas que son muy estimadas, y á mí me dieron algunas. Se conserva en el dicho huerto el lugar donde se ejecutó la prision, y el que ocupaban los Apóstoles cuando estaban dormidos, y está á un tiro de fusil la dichosa gruta adonde se retiró el Señor solo á orar en aquella triste noche, y adonde la formidable representacion, no solo de los trabajos que le esperaban, sino principalmente la de nuestras culpas y mala correspondencia, le hicieron sudar sangre. En esta venerable gruta tuve yo el consuelo de celebrar una vez, y hacer oracion delante de una imagen devotísima del Señor que se venera allí, manifestando el pasage muy al vivo.

De Getsemaní pasé á ver el lugar del martirio de S. Estevan, y aun se deja ver el cuerpo del Santo, estampado en una peña viva, donde cayó oprimido de las piedras que le arrojaban. De aquí me volví á Jerusalén, entrando por la puerta que llaman de S. Estevan.

Al dia siguiente volví á pagar á los Turcos, y salí á visitar la casa de Sr. S. Joaquin, que ahora es un templo bien formado, y allí, segun la tradicion, fué concebida en gracia, y nació al mundo la Reina de los cielos. ¡Qué lástima me causó el ver este lugar, tan digno de veneracion y de respeto, convertido en albergue de camellos! ¡Aun mas compasion me dió el ver el santo lugar, donde fué azotado nuestro Señor Jesucristo, convertido en muladar! No han podido los pobres Religiosos rescatar del poder de los Turcos estos Santuarios tan venerables, para tenerlos con el aseo y decoro que se merecen. Enfrente de este lugar estaba el palacio de Pilatos, y allí mismo la escalera que subió nuestro Señor despues de azotado, la cual arrancó Sta. Helena, y la trasladó á Roma, y hoy se venera en un templo inmediato á S. Juan de Letrán, y yo allí la he subido de rodillas tres ocasiones.

El palacio de Pilatos está casi todo arruinado, y solo subsiste el pretorio, que segun la tradicion, es el mismo en que fué presentado nuestro Señor; y afirman que es lo único que quedó en pie en la destruccion de Jerusalén, como eterno monumento contra aquel ingrato pueblo, que allí mismo desconoció á su Señor, y se cargó de su sangre. Esto llaman el arco del *Ecce-Homo*, y pasa de una á otra parte de la calle. Aquí regularmente terminaba yo todos los dias mi peregrinacion, para irme despues al Monte Calvario por la calle de la Amargura que aquí principia, y termina en la puerta judiciaria, en donde finalizaba la Ciudad antiguamente, y en donde se deja ver una gran columna, en la que dicen fué fijada la sentencia contra nuestro Señor. Lo que resta de aquí de camino hasta el Calvario, no se sabe ciertamente si es el mismo que llevó Jesucristo, porque entonces era campo, y hoy está allí cargada la principal poblacion. En la tarde salí á ver la cueva de Jeremías, que está al norte de la Ciudad, y los sepulcros de los Reyes, que distan de ella como una milla.

El dia 22 habiendo encargado que me llevasen algo

de comer al Monte Olivete, dicha la Misa muy temprano en el Monte Calvario, me fuí para Betania, que dista de Jerusalén como tres millas al Oriente, visité allí la casa de Sta. Marta, entré al sepulcro de Lázaro, y hecha oración para ganar la indulgencia, pasé á ver el lugar donde estaba la casa de Sta. María Cleofas, visitada muchas veces de Jesucristo y su Santísima Madre, como parienta inmediata; de esta casa solo existen los cimientos. Frente de ella, como á un tiro de pistola, está una gran piedra durísima, de color pardo, y hay tradicion que en ella se sentaba muchas ocasiones nuestro Señor cuando iba á Betania, y se gana indulgencia rezando allí un Padre nuestro; desde este lugar se descubre el Mar muerto, en donde se sepultan y se pierden las aguas del Jordán. En este lago estuvieron antiguamente las ciudades nefandas, sobre las cuales llovió fuego la divina Justicia, y las dejó reducidas á cenizas. Tal vez por esto se observa, que aquellas aguas son fétidas, y jamás crían pez alguno. Despues de haber visitado todos estos religiosos monumentos, tomé con mis compañeros una senda estrecha y pedregosa, y fatigado del sol y del camino, me senté bajo la sombra de un grande Almendro; y dispuso la Divina Providencia que por allí pasara una Turca joven, que traía agua de una fuente: ésta nos dió de beber, y tambien unas ciruelas que bastante me refrescaron. De aquí seguimos nuestra ruta por Betfage, que es el lugar en donde Jesucristo montó en el jumentillo para hacer su entrada triunfante á Jerusalén. Despues nos dirigimos al Monte Olivete; y habiendo conseguido que el Turco nos abriera aquel Santuario, entrando en él, adoramos y besamos aquella sagrada huella que dejó estampada nuestro Salvador cuando de allí subió á los cielos. La otra huella la cortaron, y la ocultaron los Turcos, porque dicen que es de Mahoma. Al salir de aquí descubrimos al mozo que nos traía de comer, lo que ejecutamos debajo de un grande olivo en el mismo Monte Olivete, desde cuya altura es pintoresca la vista de Jerusalén. Bajando del santo Monte, llegamos

á una capilla antigua edificada por Sta. Elena, por haber sido aquel el lugar desde el cual, viendo nuestro Señor á Jerusalén, lloró sobre ella profetizando su ruina. Cerca de ésta hay otra iglesia destruida en donde compuso nuestro Señor el Padre nuestro, y al lado está otra donde los Apóstoles compusieron el Credo. Pasando despues á un lado del Huerto de Jetsemaní, descendimos al profundo del Valle de Josafat, y llegando al templo en donde está el sepulcro de la Santísima Virgen, lo encontramos cerrado, pues los Griegos cismáticos, en cuyo poder está este tesoro, luego que hacen sus oficios, cierran y llevan las llaves á Jerusalén; no por esto perdí las esperanzas de verlo, como lo verifiqué despues, y adelante diré. Entramos, finalmente á la Ciudad, y pasando por nuestra acostumbrada ruta de la calle de la Amargura, llegamos al convento del Santísimo Sepulcro.

El 23 de Junio, dicha la Misa muy temprano en el santo Monte Calvario, salí á pie con mis compañeros, y me dirigí á las montañas de Judéa, que hoy llaman San Juan, para celebrar la fiesta del divino Precursor en aquel mismo lugar en que tuvo su dichoso nacimiento. En el camino pasé por una cañada poblada de algunos árboles, y enmedio ví un monasterio de Monges Griegos cismáticos, y un templo muy antiguo; y es tradicion que en aquel mismo lugar fué cortado el arbol en que se formó la Cruz de nuestro Señor. Mas adelante se ven unas ruinas, que dicen ser de la casa de Obededon, donde estuvo depositada la Arca. Poco antes de las once llegué muy cansado á S. Juan, aunque solo dista unas cuatro millas, pero el camino es muy doblado y montuoso. En la misma casa que era de S. Zacarías, hay ahora convento de religiosos Franciscanos: éstos me recibieron con caridad, y me proporcionaron el decir Misa en el lugar donde nació el Precursor, y oí cantar el *Benedictus* allí mismo donde por primera vez lo entonó S. Zacarías, lo que me causó no pequeña complacencia.

En el mismo dia de S. Juan en la tarde, me fuí con

los Religiosos á visitar una casa muy antigua, que está situada como en medio de una montaña vecina al convento, la que fué casa de campo de S. Zacarías, y allí se hallaba el Santo con su familia cuando la Madre de Dios fué á visitar á su esposa. Entramos en ella los Religiosos, y despues todo el pueblo de católicos que atrajo la festividad del dia, y encendido el altar, y poniéndome la estola, me hicieron cantar el Evangelio que comienza: *Exurgens Maria, &c.*, y al llegar á aquellas palabras: *Et ait Maria*, entonaron los Religiosos solemnemente el cántico del *Magnificat*, en aquel propio lugar donde la primera vez lo entonó Maria Santísima. Al dia siguiente le supliqué á una Turca, que me alquilara tres jumentos, y nos acompañara á enseñarnos el desierto del Bautista. Así lo verificó, y llegando á aquel lugar, que dista como tres millas, entré en la cueva que está en lo alto de una roca, y tiene bastante capacidad; fué esta la habitacion del Bautista casi toda su vida, y aquí estuvo haciendo áspera penitencia un hombre santificado desde el vientre de su madre. Al pie de esta horrible gruta sale una pequeña fuentecilla de agua hermosa y cristalina. Desde aquí se ve Modin, pátria de los Macabeos, de donde salió en un tiempo la libertad de Israel. Subimos despues á lo alto de la montaña, y vimos el lugar en donde el mismo Bautista sepultó á su madre Sta. Isabel, y luego nos regresamos al convento.

El dia 26 partimos de allí para Belén, y en el tránsito ví un campo grande de rosa, que nosotros llamamos de castilla, y un terebinto de grandeza extraordinaria. Pasé despues por el Sepulcro de Raquéel, que está á las inmediaciones de una pequeña poblacion que antiguamente se llamó Rama, y es aquella de que hace mencion S. Mateo, hablando de la degollacion de los Inocentes: *Vox in Ramá audita &c.*: hoy se llama Batíchela. Ya de aquí está inmediata la ciudad de Belén, pátria de David, del Sr. S. José, y del Apostol S. Matías, y lugar escogido por el Verbo eterno para nacer al mundo. La vista, aunque

lejana, de esta feliz poblacion, alegra naturalmente el corazon de un cristiano, porque se le representan las ternuras de un Dios niño. Las campiñas están cubiertas de árboles frutales: lo que mas abunda allí es la higuera y el olivo. Sobre la dichosa cueva donde nació el Salvador, está el convento de Franciscanos, el de Griegos y Armenios, lo mismo que en el Santísimo Sepulcro. Luego que entramos en el convento, nos fuimos á visitar el lugar del nacimiento, el del pesebre, el de la adoracion de los Reyes, el sepulcro de las Stas. Paula, y Eustoquia su hija, el de S. Gerónimo, y la habitacion de este Sto. donde tradujo la Biblia; todo esto está dentro de la misma gruta ó cueva de Belén. En la tarde fuí á visitar la gruta donde estaban los pastores cuando el Angel les apareció á darles la feliz nueva. Distará esta de Belén como dos millas, y despues fuí á ver la aldea donde habitaban estos dichosos pastores. Regresando de allí y entrando á Belén, visité una devota hermita de la Santísima Virgen, que aseguran los habitantes del país ser el lugar adonde se alojó la Reina de los cielos despues de su divino parto, hasta que de allí emprendió la fuga para el Egipto. Dicen tambien que allí mismo derramó la Señora algunas gotas de su sagrada leche, por cuya causa las madres cuando se ven escasas de leche para alimentar á sus tiernecitos hijos, ocurren á este lugar, y tomando de una tierra blanca que se encuentra en lo interior de la hermita, y bebiéndola desleida en agua, consiguen por lo comun la abundancia de leche que necesitan. Es esto en tal grado, que las mismas Turcas allí ocurren por el remedio en esta necesidad, y casi de su cuenta corre que no falte el aceite para las lámparas de aquella devota hermita. La miran con tal respeto y veneracion, que allí van los dichos Turcos á hacer los juraméntos que jamás han de violar.

El 27 dije Misa en la cueva de Belén, y en la tarde asistí con vela, como peregrino, á la procesion que se hace diariamente en aquel devotísimo Santuario, y ví asimismo á los infantitos, que apuntado con sus pequeñitos

dedos el lugar del Nacimiento, cantaban con melodía: *Hic notum fecit Dominus, Alleluja. Salutare suum, Alleluja.* Despues de esto, en la misma tarde me despedí de los Religiosos, y me volví á Jerusalén á pie, pues solo dista cinco millas. A la mitad del camino se deja ver una peña, y en ella como estampado el cuerpo de un hombre, y dicen ser del Sto. Profeta Elías, que allí reposaba algunas veces; y como desde este punto se descubre al mismo tiempo Jerusalén y Belén, dicen que el Sto. Profeta cuando veía á Belén reía, y cuando miraba á Jerusalén se deshacia en llanto, porque sabia que en Belén habia de nacer el Verbo, y en Jerusalén le habian de quitar la vida.

Avanzando un poco mas para Jerusalén, se reconoce el lugar donde volvió á aparecer la prodigiosa estrella á los Reyes Magos cuando salian de Jerusalén, y los condujo á Belén. En este sitio hay una cisterna en medio del camino. Finalmente, pasando vecino al monte del mal consejo, en el cual se descubren unas casas en donde segun tradicion, se reunieron los Judios, por primera vez, á maquinar la muerte del Salvador, llegué al Valle de Gion donde fué ungido Salomon; y por último, entré en Jerusalén.

Al dia siguiente dije Misa en el altar de Ntra. Sra. de los Dolores, que está en el mismo Monte Calvario, y como el convento de los Religiosos estaba cerrado por el temor de la peste, siempre me revestia para celebrar en el mismo lugar donde apareció Jesucristo resucitado á Sta. María Magdalena. Esta circunstancia de estar todos encerrados por el temor de la peste, que solo se comunica por el contacto, me proporcionaba á mí la mayor libertad para estar solo en aquel santo lugar todó el tiempo que queria. Por las noches me iba solo al Calvario, y me estaba mucho tiempo postrado en el mismo sitio donde fué tendido nuestro Señor Jesucristo sobre el madero de la Cruz, y cruelmente clavado; y le suplicaba á su Magestad, que por los tormentos que en aquel lugar sufrió por nuestro remedio, se compadeciera de mí, de mis parien-

tes, de mis amigos, de mis bienhechores, y de toda la América, mi amada pátria. Tambien le pedia rendidamente, que el precio infinito de la sangre que allí derramó por el género humano, no se malograra en la perdicion de tantos infieles, hereges, cismáticos &c. En fin, hacia allí mis súplicas conforme me dictaba mi corazon enternecido. Lo mismo practicaba en el sitio venerable donde murió el inmortal, y con afecto de mi alma besaba mil veces con boca y ojos, y metia mis manos en aquel sagrado agujero donde fué fijada la santa Cruz, y por donde corrió la sangre caliente del Redentor. Confieso ingenuamente que jamás habia sentido mayor consuelo mi espíritu, que en estos santos lugares. En el silencio de la noche me bajaba del Calvario á la gran lápida donde fué ungido el cuerpo del Salvador, y despues me entraba al Santísimo Sepulcro.

Una vez me estuve allí hasta que tocaron los Griegos á maitines, ví sus ceremonias, y despues la misa que celebraron &c. En fin, en este santo lugar habria yo permanecido hasta la muerte, si no hubiera tenido necesidad de regresar pronto á Roma, á proseguir los asuntos que me tenia encargados mi Colegio.

Dia 29, despues de decir Misa en el Santísimo Sepulcro, ministré la sagrada Comunion á mi compañero el Hermano Florentino Gomez, y le dí la profesion de Tercero allí mismo, por comision anterior que tenia del Rmo. Guardian de Jerusalén.

En los tres dias restantes que estuve en este santo templo, siempre dije Misa, ó en el Santísimo Sepulcro, ó en el Calvario, y siempre saliendo á visitar en el dia los otros santos lugares que ya habia visitado. Solo me restaba el Sepulcro de la Santísima Virgen, del Sr. S. José, y los del Sr. S. Joaquin y Sra. Sta. Ana, que todos están en un templo que tienen los Griegos cismáticos en el Valle de Josafat, inmediato al huerto de Getsemaní. Antes de visitar este santo lugar previne algunos listones, y volviendo á él otro dia por la mañana, logré el que los mis-

mos Griegos me introdujeran al Sepulcro de la Madre de Dios, y despues de adorarlo, tomé la medida con las cintas prevenidas, y habiendo visitado tambien los sepulcros de Sr. S. José, &c., me pasé á la cueva de Getsemaní, donde dije Misa, y subí al Monte Olivete para despedirme de aquel santuario, y tocar algunas medidas ó plantas que llevaba, en la sagrada huella del Salvador. Hecho esto, me volví á Jerusalén.

Finalmente, habiendo visitado ya todos los santos lugares con gran consuelo de mi alma, y á toda satisfaccion, no obstante los temores de la peste, habiendo visto en el breve término de un mes todo lo que hay remarkable en la Galiléa, en la Judéa, y aun en la Samaria, determiné mi regreso para Roma. En efecto, el dia 3 de Julio á las cuatro de la tarde, salí con mis compañeros de la santa Ciudad de Jerusalén, y me dirigí á la Ciudad de *Ramata*, que ahora se llama Rama; pasé por el Valle del Terebinto, lugar en donde el pastorcillo David ganó la famosa batalla contra el Gigante Goliat; caminé toda la noche, y á la mitad de ella toqué en el pueblo de S. Jeremias, de donde era este Profeta, y donde siempre habian padecido mucho en su tránsito todos los pobres Religiosos. A nosotros no nos sucedió cosa alguna.

Habiendo bajado las montañas de Judéa, al descubrir las campiñas de Saron, encontramos un pequeño pueblo que llaman del Buen Ladron, tal vez porque allí seria donde éste se ejercitaba en el hurto. Seguimos por las campiñas, y al amanecer llegamos á la Ciudad de Rama. Posamos en la casa que fué de S. Nicodemus, que hoy es convento de mi P. S. Francisco. En la tarde salimos á pie á ver las cosas notables de esta Ciudad, tan célebre en la historia. Lo que mas llamó mi atencion, fué los magníficos estanques subterráneos que fabricó Sta. Elena, formados con veinte y cuatro arcos de mucha consistencia. Es tanta la abundancia de agua que pueden contener, que bastaria para proveer á toda la Ciudad por dos años. Tambien admiré el célebre convento de los Tem-

plarios, que ya casi está arruinado, aunque su alta y soberbia torre todavia subsiste despues de tantos siglos.

El dia 5 dije Misa en la misma habitacion de S. Nicodemus; y saliendo de allí llegué antes de medio dia á la Ciudad y puerto de Jafa. Esta es el antiguo Jope donde tuvo S. Pedro aquella vision misteriosa de la vocacion de los gentiles, en el mismo tiempo en que lo mandaba llamar Cornelio desde Cesarea de Palestina, que distará de Jafa como diez y ocho millas, para que lo bautizase. La casa en donde esto sucedió al Apóstol, era de Simon Curtidor, vecina al mar, en donde estaba alojado, y la que hoy es Convento de Franciscanos. Esta Ciudad es tan antigua, que algunos atribuyen su fundacion á Jafet hijo de Nóe; la tomaron los Romanos con lo demas de la Palestina, despues los Turcos, despues S. Luis Rey de Francia, quien la reedificó y circundó de muros, luego volvió á caer en poder de los Turcos, despues entró en ella Napoleon; finalmente, la recobraron los Turcos, los que hoy la poseen. En esta Ciudad, segun tradicion, se embarcó Maria Santisima con S. Juan Evangelista para Efeso. Aquí tambien se embarcó Jonás huyendo de Dios cuando lo mandaba á Ninive á predicar. Aquí mismo resucitó S. Pedro á la célebre Tabita.

El puerto no es muy bueno, y se puede decir que solo es una rada, y en mi concepto es mas peligrosa que las de Bairut, Sidon, Tiro y S. Juan de Acre; pero es el puerto mas inmediato á Jerusalén, y por eso mas nombrado. En este se desembarcaban las maderas de cedro del monte Líbano que remitia de Tiro el Rey Hirán para la fábrica del Templo de Salomon, y aquí finalmente á los tres dias de mi llegada me embarqué para Bairut en un Bergantin Maltés con ánimo de encontrar en aquel puerto un buque Imperial, que en aquellos dias debia partir para la Europa. Pero desgraciadamente tuvimos mal tiempo, y á mi llegada á Bairut, se me dijo que este buque el dia anterior se habia dado á la vela para Italia. ¡Que consternacion para mí! ¡Qué desconsuelo! Perdida aquella oper-

tunidad, escaso de recursos, y necesitado á estar lo menos un mes en un pais cálido, lleno de mosquitos, y en todos modos intolerable, hasta que se proporcionase otro buque para Europa. Pero adelante, me conformé con mi suerte, y para hacerla menos triste, determiné encargar al Cónsul de Austria que me escribiera cuando se presentase buque, y retirarme yo al Monte Líbano, donde por lo menos disfrutaria un aire fresco. Así lo verifiqué, y tomando una pequeña barca, dentro de pocas horas estaba ya en Yuni, poblacion situada al pie del Monte Líbano; allí alquilé bestias, y subí á lo alto de la montaña, y me alojé en el Colegio de Arisa, que es de Religiosos Franciscanos. En este pais solitario, delicioso y pintoresco, donde en lo mas ardiente del Verano se goza de un aire fresco, y cuyas vistas encantan, permanecí desde el 16 de Julio hasta el 1. de Agosto, en que avisándome el Cónsul, que el mismo bergantin Maltés en que yo habia venido de Jafa estaba para marchar á Italia, regresé de mi desierto, y ajustado el embarque, el dia 5 del mismo mes en la noche me dí á la vela para Europa. A los tres dias estabamos á vista de la Isla de Chipre; pero comenzó el viento á sernos tan contrario, y tuvimos tantas calmas, que entre las costas de Chipre y de Candia nos demoramos como veinte dias, hasta que consumidos los víveres, á los treinta dias de navegacion nos vimos precisados á arribar á la Isla de Malta para hacer nueva provision, y seguir nuestra ruta para Liorna; pero habiendo sabido en dicha Isla, que en Liorna estaba haciendo el cólera morbo horribles estragos, nos determinamos á desembarcar en Malta, para hacer allí la cuarentena, y despues irnos á Roma por Nápoles. Efectivamente así lo verificamos, y pasados veinte y cinco dias de cuarentena hecha en un lazareto, en donde estuvimos del todo incomunicados, salimos á pasear un poco por la famosa Isla de Malta. Verdaderamente admiran las fortificaciones de esta Isla en las cinco Ciudades que comprende; pero la mas fortificada y mas bella, es la Valeta, que era la residencia de los caballeros de Malta que go-

bernaban la Isla. Al presente está gobernada por los Ingleses, quienes conociendo el carácter religioso del Pueblo Maltés, no solo la han dejado en su culto, con sus Parroquias, Conventos, &c., sino que ni aun ellos mismos tienen allí culto público. Aunque es muy pequeña la Isla, los pocos terrenos que no están fabricados, se aprovechan bien, y no faltan allí frutas muy buenas, especialmente los melones y calabazas son muy particulares. Hay una cosa extraordinaria en esta Isla, y es, que las vívoras ó serpientes, no tienen veneno, desde que naufragó allí S. Pablo, y una de ellas le mordió como refiere S. Lucas. Estas vívoras trasladadas á otra parte tienen veneno, y vueltas allí lo pierden. Se encuentran en lo macizo de las peñas de este pais unas lengüecitas como de vívoras petrificadas que aprecian mucho los extrangeros, pues aplicadas á mordeduras de animales ponzoñosos, experimentan felices efectos. Yo conseguí unas cuatro lengüitas de estas, para llevarlas á México mi pátria.

Habiendo estado ocho dias en Malta, pasada la fiesta de N. P. S. Francisco, nos aprovechamos de un bergantín Napolitano que partia á Civitavechia, y el dia 5 de Octubre nos dimos á la vela para dicha Ciudad, á donde arribamos el 11, y volvimos á hacer nueva cuarentena de diez dias.

El 28 del mismo llegué por último á Roma, y entré al Convento de Araceli, con pasmo de los Religiosos, que no acababan de admirar como en tan corto tiempo habia terminado una peregrinacion tan larga, y tan penosa. Pasé luego á ver al Santo Padre, me recibió con mucha benignidad, y no dejó de admirarse tambien de que tan pronto hubiera regresado, y con tanta felicidad; le hablé del negocio de la causa del V. P. Margil, que aun estaba en poder del Promotor de la Fé, y con la recomendacion de su Santidad, se aceleró el despacho.

Hé, aquí, en compendio, la sucinta narracion de un viage, el mas feliz de mi vida, por las dulces emociones, consuelo y satisfaccion que en él experimenté.

COSAS NOTABLES.

DE LA PALESTINA Y OTRAS PARTES DEL LEVANTE.

Todos los países del Levante que están bajo el gobierno de los Turcos, se hallan generalmente en la mayor decadencia. Despreciadas las letras, prohibido el estudio de la Religión, paralizada la industria, y oprimida la humanidad por el más horrendo despotismo, no es extraño el que los habitantes de estas poblaciones se miren sumergidos en la abyección y miseria. Desde que conquistaron con el alfanje estos países opulentos, no han hecho otra cosa que destruir y aniquilar, sin edificar de nuevo. No se encuentran por todas partes sino ruinas lamentables de famosos edificios, y gentes infelices que mueven á compasión. Las casas, excepto el Diván en que procuran tener los Turcos algún aseo, en lo demás son despreciables y sucias; las calles y plazas están llenas de inmundicias, en tanto grado, que si algún Camello muere en ellas, como acontece varias veces, allí quedará inficionando el aire, hasta que el tiempo haya blanqueado sus huesos. ¡Qué horror me causaba el ver esto, haciendo comparación con la culta Europa, y mucho más con la extraordinaria limpieza de Toscana, en donde acababa de estar! Tal vez esta misma suciedad y abandono en que viven los levantinos, cooperará en gran manera á excitar ó fomentar la peste, que casi todos los años se padece en el Levante; por cuya causa todos los buques que vienen de allá á la Europa, sea en la estación que se fuere, no son recibidos si no es con cuarentena, como yo la pasé; porque siempre se dice que vienen de países apestados. Esta peste abominable y contagiosa consiste en ciertos bubones ó tumores, que salen por lo común en las ingles (aunque también suelen atacar otras partes

del cuerpo), y dentro de pocas horas se gangrenan, y causan regularmente la muerte. En el año pasado de 1834 atacó á veinte y un Religiosos Franciscanos en el Convento de S. Salvador en Jerusalén, y solo dos escaparon, y diez y nueve murieron. Esta peste solo se comunica por el contacto, y así que comienza á extenderse en un lugar, no hay mas arbitrio para escaparse, que cerrar las puertas, no comunicar con nadie, ni tocar cosa alguna de fuera, si no es despues de bien lavada ó perfumada.

En los Templos magníficos que tenian en aquellos lugares los Católicos, han hecho los Turcos (sus mezquitas ó mosqueas, como ellos llaman, y allí ocurren continuamente á hacer su oracion; pero con tales acciones, gestos y ceremonias, que algunas veces me movian á risa, y otras me causaba compasion. No tienen en las mosqueas imágenes, ni altares, ni cosa que parezca á nuestros templos, sino solamente un nicho pequeño excavado en la pared, que esté mirando á la Meca. En lo alto de la mosquea se eleva una torrecilla redonda, al modo de las chimineas inglesas, con una baranda al rededor, y allí sube el *Santon* ó Turco que cuida aquella mosquea á dar unos gritos destemplados para llamar á la oracion; porque entre ellos no se permiten campanas. Antes de que llegue el dia ya estan clamando, lo mismo hacen á las doce del dia, y lo mismo al ponerse el sol, y tambien á las diez de la mañana, y á las cuatro de la tarde, y ocho de la noche. Las palabras que dicen en Arabe, equivalen á estas: *No hay mas Dios que uno, y éste es grande, y despues su Profeta Mahóma, el cual os saluda.* Esto gritan, y repiten sin cesar por un gran rato.

Pero para hablar con mas método de las cosas que observé en los paises levantinos en el poco tiempo que estuve en la Siria, diré primero alguna cosa sobre el terreno y producciones, y despues hablaré de los habitantes y sus costumbres. No pude andar ni registrar mucho; porque ni mis ocupaciones, ni el tiempo calamitoso de la peste me lo permitia; pero lo poco que observé fué lo siguiente.

El terreno del Levante me parece muy fértil, pues nóte que todas las frutas de la Europa se dan allí con abundancia, y de muy buena calidad; especialmente el Alvericoque, que nosotros llamamos Chavacano ó Damasco, es allí muy rico, con la particularidad, que la almendra que tiene dentro es dulce y sabrosa. El Higo y el Datil son también muy especiales. En Sidon ví también Plátanos, aunque no de la mejor calidad. Las Tunas grandes, que nosotros llamamos mansas, y los levantinos les dicen Higos de Faráon, son también allí abundantes, especialmente en la Galiléa y Judéa.

El terreno mas fértil, segun mis observaciones, es el de la Palestina, especialmente la Galiléa, aunque por desgracia está casi abandonado del todo; pero la grosura y robustez de las plantas que produce, el color de la tierra, y las muy pequeñas porciones de terreno cultivado, denotan la mas extraordinaria fecundidad. Muchas yerbas aromáticas y flores exquisitas que nosotros cultivamos en los jardines, se producen allí naturalmente en los campos. Estos se miran cubiertos de tomillo, ruda, orégano, &c. al mismo tiempo que esmaltados de claveles, azucenas, varas del Sr. S. José, y otras flores muy hermosas. Solo la Samaria no me pareció tan fértil; pero allí suple la industria, pues los Samaritanos me parece son los únicos levantinos laboriosos. Verdaderamente causa placer andar por la Samaria, porque está tan cultivada como la Toscana; yo me admiraba de ver por todas partes tantas montañas áridas, y riscos elevados, cubiertos al mismo tiempo de árboles frutales, plantados con orden y simetria. En la Judéa se dá la uva con abundancia, y las sandías, que llaman allá *Pastecas*, son muy particulares, especialmente las de Rama, Jafa, y Cesarea de Palestina.

En el Líbano, todas aquellas montañas están cubiertas de Moreras y de Cepas, de suerte que no se recoje allí sino solo seda y vino. Cada familia tiene un pedacito pequeño de montaña que cultiva, y con la seda y vino se proporciona los demas renglones necesarios para la vida,

En esta feliz montaña del Líbano no hay Turcos, sino Católicos, la mayor parte Maronitas y Gentiles, que comunmente llaman Druses: estos no se sabe que religion tienen, porque han tenido empeño en observarlos, y nada han podido investigar sobre su culto y costumbres religiosas. No hay en el Levante abundancia de ganados, sino muy pocos, y estos son de una figura particular. Los toros y vacas son muy cabezones y sin cuernos, ó los tienen muy pequeños y son muy mansos. Los carneros tienen la cola muy ancha, de suerte que les forma como una de aquellas anqueras que usaban los Mexicanos en las sillas de montar, y en esta parte del cuerpo es donde crian los carneros la mayor grosura, y hay algunos cuyas colas pesan mas de treinta libras, cosa que parece increíble; pero yo mismo lo ví, y me causó no pequeña admiracion. Las cabras tienen las orejas muy anchas, y de una longitud extraordinaria, de modo que les cuelgan como balcarrotas, hasta la tierra. Los caballos son por lo comun de buena planta y briosos. Las mulas son muy raras, y para conducir las cargas de una parte á otra, se valen de camellos, que abundan mas. El pez, aunque el lugar está muy cerca al mar, se escasea en el Levante, porque pocos se dedican á la pesca. Las legumbres son buenas por lo comun, y las cebollas son de una figura rara, pues son largas como rábanos, y de mucha actividad.

Pero hablemos ya algo sobre las gentes que habitan los paises del Levante. Estas se pueden dividir en Turcos, que son los dueños actuales del terreno: en Latinos, que son los Religiosos Franciscanos, y otros algunos Católicos que estan bajo de su rito: en Griegos, en Armenios, Gofitos, ó Coptos, Maronitas; y finalmente, los desgraciados Judios.

Comenzando por los Turcos, digo: que unos habitan en las Ciudades y Poblaciones principales, y estos retienen la denominacion de *Turcos*; otros habitan la campaña ó lugares pequeños, y á estos llaman *Villanos*; y á aquellos que andan errantes por los desiertos, dan la denomi-

nacion de *Arabes ó Beduinos*. Los Arabes son naturalmente crueles y feroces, y cuando encuentran á algun Cristiano solo lo roban, y algunas veces lo matan, por cuya causa todos los Cristianos para andar algun camino, se acompañan con los Turcos, ó por lo menos con una Turca, porque de lo contrario va expuesta su vida. Los otros Turcos de las Ciudades, son soberbios y orgullosos, y tienen á los Cristianos y Judios en la mas terrible opresion. No pueden estos hacer cosa alguna, sin que luego se les exija el dinero; si tapan alguna gotera en las casas ó Conventos que habitan, ó ponen solamente una viga de nuevo, al punto está allí la orden del Gobernador, exigiéndoles una gran multa. Muchas veces sin hacer cosa alguna los pobres Religiosos, son atormentados terriblemente, hasta que no dan el dinero que quieren aquellos Turcos despóticos. Ya he dicho que ellos tienen las llaves del Santisimo Sepulcro ó Calvario, y por consiguiente tienen allí encerrados á todos los Religiosos que habitan dentro, Latinos, Griegos, Armenios, &c., y nadie puede salir ni entrar, sin pagar á estos porteros, como yo lo hacia para poder visitar. Hoy que Mchemet-Alí, Bajá de Egipto, ha conquistado la Siria y la Palestina, separandola del Gran Turco de Constantinopla con la proteccion que ofrece á los Europeos, y con la substraccion de armas que ha hecho á los Turcos, ya no son tantas las vejaciones que experimentan los Religiosos. Pero generalmente hablando, los Turcos son siempre crueles y tiranos en sus gobiernos. Por la mas mínima cosa, sin forma alguna de juicio, mandan cortar la cabeza á sus súbditos, ó les cortan las narices, las orejas, ó los pies y manos, les toman las cosechas que levantan. . . . En fin, los tienen oprimidos bajo el mas horrendo despotismo. Las personas que mas experimentan esta opresion son las infelices mugeres, pues para saciar las pasiones las compran como bestias, y les dan el trato de esclavas, las tienen encerradas, y cuando alguna vez salen han de ir siempre cubiertas hasta el rostro, para que nadie las pueda ver. Yo las ví algunas ve-

ces en sus propias casas yendo á hacer una visita con otros Religiosos instruidos en el Arabe, en donde ellas se suelen descubrir tal vez el rostro en señal de obsequio á los Religiosos, y observé que se tiñen las uñas de amarillo, que tienen calzones hasta la garganta del pie, y allí llevan unos pequeños grillos de oro, ó plata: que el vestido talar es rico y gracioso; que en la cabeza tienen un pequeño turbante adornado con perlas, &c., de donde penden sobre la frente multitud de monedas de oro, y sobre las orejas cuelgan unas cintas pequeñas adornadas con bolillos de oro; tienen tambien una especie de cabellera postiza, que les cubre toda la espalda, y está formada de pequeñas trenzas de seda negra, que terminan en bolillitos ó monedas de oro. Las pobres van vestidas de otro modo; pero siempre llevan en la cabeza todas las monedas de plata que tienen, dispuestas con curiosidad. Yo no sé como pueden llevar tanto peso en la cabeza. El vestido, regularmente es hermoso y rico; pero indecente, porque llevan los pechos descubiertos. El vestido de los hombres es bien conocido; y así solo advierto, que los parientes, ó que han visitado el sepulcro de Mahoma, llevan el turbante verde. Luego que entra uno á sus casas de visita, lo conducen al Diván ó estrado, y para llegar á él se descalzan, aunque yo jamás lo hice: luego le encienden una pipa de vara y media ó dos varas de larga, porque en el Levante todo el mundo fuma: despues traen el café en unas tasas pequeñas, luego agua de limon, despues los dulces, que regularmente son almendras cubiertas, y finalmente una copita de rosóli ó aguardiente. Las costumbres de los Turcos son bien raras. Ellos se circuncidan, y se abstienen del puerco como los Judíos; se abstienen tambien del vino, aunque yo creo que esto solo es en lo público, y no en lo secreto; lo digo porque en una ocasion, visitándome á mí un Turco de los principales, le ofrecí un vaso de vino, y me hizo seña que no lo podia tomar porque lo estaban mirando sus subalternos: mas luego que estos no lo asechaban, se lo tomó, y al despedirse se tocó el pecho y la barba, y tocó la

mia como señal de amistad. Los Turcos, aun los principales, siempre comen en la tierra; y jamás hacen uso del cubierto, sino todo lo hacen con los dedos; lo que causa á un extranjero que come con ellos no pequeña mortificacion. Son naturalmente perezosos, y aun los artesanos todo lo hacen sentados en el suelo. Así trabajan los herreros, los carpinteros, &c., cuya vista me causó mucha risa. Casi siempre están fumando la pipa, y tomando café. Lo que mas lástima me causaba allí, era el ver los santos que ellos veneran. Estos son unos hombres impudentes, que no conocen la vergüenza, y así andan por las calles mas públicas enteramente desnudos, con horror de la humanidad. A estos hombres súcios y desvergonzados reputan por santos los Turcos, y se tienen por dichosos, tanto hombres como mugeres, con tocarlos ó besarlos, lo que prueba su espantosa ceguedad, ignorancia y fanatismo. Yo ví uno de estos pretendidos santos que iba desnudo, y en cuatro pies por las calles mas públicas de Bairut, como un bruto, ó como béstia, y todas las gentes lo miraban con respeto. Tienen otras estupideces que asombran, y que sería muy molesto referir. La mayor desgracia es, que estos delirios son en aquellos infelices irremediables, porque ni admiten ilustracion, ni estudian la religion, ni permiten que se les hable sobre esto; y si alguno, convencido de las necesidades de su secta, pretende hacerse cristiano, tienen pena de la vida; que si no fuera por esto, ya casi todos ellos habrian abrazado el cristianismo. Tal vez no está muy lejos el que esto se verifique, segun las cosas que parece va preparando la Divina Providencia. Dios lo haga. Antes de concluir mi narracion sobre los Turcos, no quiero omitir una cosa que me chocó demasiado, y es la proteccion particular que dispensan á los perros. No tienen á estos, es verdad, en sus casas; pero sí cuidan de que nada les falte de lo necesario para la vida. Si una perra pare en medio de la calle, bien puede estar segura de que en nada será molestanda, ni ella ni sus tiernos cachorrillos, y que allí mismo le llevarán los Turcos diariamente de comer. Cuando algun

Turco rico muere, suele dejar un gran legado en favor de los perros, ó para que se les fabriquen fuentes, ó para sus alimentos, &c. Yo no sé de donde nace esta costumbre en los Turcos. Pero vengámos ya á los pobres hombres que están bajo el dominio de semejantes tiranos.

Es bien sabido que en aquellos países viven bajo el poder de los Turcos muchos miles de cristianos. Estos son, ó Latinos, ó Griegos, ó Maronitas, &c. Por nombre de Latinos se entienden solamente los religiosos Franciscanos, y algunos otros pocos Católicos que retienen el mismo rito de la Iglesia Romana, y solo están allí para cuidar y conservar el aseo, el honor y respeto que se debe á aquellos lugares santos en que se obró nuestra Redencion. Tienen los religiosos Franciscanos en aquellos países musulmanes cinco conventos formales, que son: *Nazaret*, en donde encarnó el Verbo Divino, y vivió tantos años con su Santísima Madre. *S. Juan de Judéa*, donde nació el Precursor, y estuvo alojada María Santísima por tres meses con el Hijo de Dios en sus entrañas. *Belén*, donde está la dichosa cueva en que nació el Salvador. *Santisimo Sepulcro*, donde está el Calvario en que murió Jesucristo, y donde está tambien el mismo lugar en que fué depositado su sagrado cadáver; y finalmente, *S. Salvador*, en la misma ciudad de Jerusalén, donde reside el Prelado superior con el mayor número de Religiosos, y de aquí son destinados adonde se necesitan. Los colegios son *Damasco*, *el Gran Cairo*, *Alepo*, *Arisa*, y dos en la Isla de Chipre, que son *Nicosia* y la *Arnica*. Los hospicios son *Jafa*, *Rama*, *S. Juan de Acre*, *Sidon*, *Tripoli de Siria*, *Lataquia*, *Roseto* y *Alejadria*.

Todos estos conventos, colegios y hospicios, se mantienen solamente de limosnas que les remiten de los países católicos, pues no tienen allí otro arbitrio para subsistir, porque ni se les permite por los Turcos sembrar, ni fabricar ni valerse de otro medio para subvenir á las necesidades de la vida; antes los oprimen cada dia con nuevas contribuciones, é impuestos exorbitantes, los que se

exigen con tanto rigor, que no valen lágrimas ni súplicas, ni humillaciones, y algunas veces los castigan cruelmente hasta que pagan las sumas que les imponen. Yo conocí allí algunos Religiosos venerables que habian sido conducidos presos al Santísimo Sepulcro con los demás católicos del país, sentenciados á muerte, en el tiempo en que Napoleon se hallaba en la Palestina; y allí estuvieron encerrados año y medio, esperando la muerte, de la cual escaparon por misericordia de Dios. De otros supe que habian sido llevados á Damasco atados á las colas de los caballos, sufriendo muchos trabajos. Todas estas vejaciones las llevan con paciencia aquellos Religiosos, y no se determinan á regresarse á su país, como lo podrian hacer, por no desamparar aquellos lugares santos de nuestra Redencion. En estos tiempos, que nada se les remite de Portugal, y muy poco de la España, que era de donde les iban las mayores limosnas, temen perecer; y por esto desearia yo que mi rica pátria, la América Septentrional, los auxiliase con algunos anuales socorros, los que se podrian poner en Malta por medio de los Ingleses, y el Comisario de tierra Santa que hay allí los remitiría á Jerusalén con la mayor comodidad; exigiendo recibo del Procurador para satisfaccion de nuestro Gobierno. Así tendria la República mexicana el consuelo de cooperar al sostén de la tierra Santa en que fuimos redimidos, y tal vez recobrar algunos venerables Santuarios que por falta de arbitrios se hallan en poder de Turcos. Tales son el santo Cenáculo, el lugar de la flagelacion, la casa en donde nació la Santísima Virgen, y otros que yo no sin lágrimas ví en el mayor abandono. Todos los Religiosos se dejan allí crecer la barba, y yo tambien hice lo mismo, para no ser despreciado; pues no hay en el Levante quien se rasure la cara, y solo sí la cabeza.

En todos los conventos de Franciscanos se vive con mucha religiosidad y circunspeccion: se reza el Oficio con pausa, y todos los dias se cantan con solemnidad Vís-

peras y Completas, despues de las cuales se hace la procesion respectiva, como he dicho anteriormente.

Los otros Cristianos que habitan en el Levante bajo el poder de los Turcos, son como antes he insinuado: Griegos, Armenios, Coptos, Sorianos. y Maronitas; pero exceptuando estos últimos que son todos Católicos, y algunos pocos de los demás, los restantes desgraciadamente son cismáticos ó hereges. Es verdad que hay entre ellos muchos Católicos; pero si se comparan con la multitud, son casi nada. Estos están derramados por varias poblaciones, y tienen en su poder muchos célebres Santuarios. En el mismo templo del Santísimo Sepulcro y Monte Calvario, hay monges Griegos, Armenios y Coptos, y todos ellos son hereges, enemigos de la Iglesia, y consiguientemente persiguen y procuran todo el mal que pueden á los Latinos; en tanto grado, que los pobres religiosos Franciscanos tienen que sentir mas de ellos, que de los mismos Turcos. Todos celebran sus officios allí (lo mismo sucede en Belén), y es una confusion el escuchar tantas voces á un tiempo en tan diversos idiomas. La vigilia de S. Pedro en la noche, me parecia el dia del juicio en el templo del Santísimo Sepulcro.

Los Griegos, ya se sabe que consagran en pan fermentado todos, y tienen diversas ceremonias de las nuestras. Los Armonios, Coptos, Sorianos y Maronitas, unos consagran como nosotros en pan ázimo, y otros en fermentado; pero sus ceremonias son tan raras, que no acababa yo de admirarme cuando los veía celebrar (se supone á los Católicos, pues á los hereges no se les puede oír la Misa). Basta decir, que me parece habla mas el que ayuda la Misa, que el mismo que la celebra, y las palabras de la consagracion las dicen semitonadas.

Los Maronitas, aunque están dispersos por muchas partes del Levante, pero la mayor parte de ellos habitan en el Monte Líbano, en donde tienen multitud de conventos de uno y otro séxo, y en ellos cerca de cinco mil individuos. Son, como llevo dicho, todos Católicos; tienen

su Patriarca, sus Obispos, sus Curas, &c.; todos están sujetos inmediatamente, no á los Turcos, sino al Príncipe del Monte Líbano, quien paga anualmente el tributo al Turco.

Estos Maronitas son por lo comun muy pobres, y se distinguen en los usos y costumbres de los demás levantinos. Solo los eclesiásticos conservan la barba entre ellos; los seculares solo llevan el vigote. Las mugeres usan cuernos en las cabezas, y estos por lo comun son de plata ú oro, segun la calidad de las personas, y como de media vara de largos. Otras, en lugar de cuerno, llevan fijada con fuertes muelles en las sienes una gran trompeta, tambien de oro ó plata, y guarnecida con mucha curiosidad. Aunque el vestido sea humilde y deteriorado, pero el cuerno ó la trompeta han de ser de gran lujo. La primera vez que yo ví semejantes figuras, no dejé de reirme con mucha gana; ¡cómo es posible (me decia yo á mi mismo) que sea tanto el delirio de estas gentes, que con estas ridiculeces intenten agradar? ¡Cómo pueden sóportar ese peso tan enorme, que tal vez por penitencia no lo llevarian? pero reflexionando despues un poco, decia: ¡y qué otra cosa hacen las mugeres en la Europa, y en mi pátria la América? ¡qué son aquellas peinetas, aquellos zarcillos, aquellos corsés.... tantas ridiculeces....? El mundo en todas partes es igual; y si se diferencia en los usos, no se diferencia en lo ridículo.

Toda esta gran montaña, que tiene como un millon de habitantes, está muy bien labrada; aun los mas escarpados riscos y las peñas, tajadas por la naturaleza, se ven cubiertas de moreras y de viñas. Allí se conoce lo que puede el trabajo y la industria del hombre; familias hay que no tienen sino veinte ó treinta varas de terreno ó mas bien de barranco ó duras peñas, y de allí sacan lo necesario para subsistir; porque con el vino y la seda que recojen de aquel pequeño terreno bien cultivado, ya tienen para proveerse de las semillas que han menester.

Casi en todos los Maronitas, lo mismo que entre los Griegos y Armenios, reina una profunda ignorancia; es

pantan las respuestas y las preguntas tan necias que á uno le hacen. Los sacerdotes apenas saben las cosas necesarias; no es extraño, pues siendo muy pobres, y por lo comun casados, tienen necesidad de trabajar personalmente para mantener los hijos y la familia, y por lo mismo no tienen tanto tiempo para dedicarse al estudio. Yo ví un albañil muy miserable que trabajaba en el convento de Arisa del Monte Lívano, que era diácono, y estaba casado, y tenia cuatro ó cinco hijos, pero era ignorantísimo.

La última clase de gentes que habitan en el Levante, son los desgraciados Judios. Estos desventurados están allí, lo mismo que en todas partes, humillados, perseguidos, y odiados de todos, y mucho mas de los Turcos, porque los reputan como asesinos de un gran Profeta, cual era, en concepto de ellos, Ntro. Sr. Jesucristo. Por esta causa no les permiten á los infelices ni entrar en el templo del Santísimo Sepulcro y Monte Calvario, ni aun pasar por allí inmediato; y si alguno de ellos lo hiciera, al momento le cortarian la cabeza. No les dejan tampoco tener posesion alguna, y así viven como extrangeros en su misma antigua pátria: su propia agua les cuesta el dinero, y tienen que comprar todas las producciones de su mismo país, sufriendo el azote que sus padres atrajeron sobre ellos, y verificando á la letra la profecia que tantos siglos antes dejó escrita Jeremías, quien hablando en persona de los futuros Judios, se expresaba de esta suerte: *Recordare Dómine, quid acciderit nobis, respice opprobrium nostrum; Haereditas nostra versa est ad alienos, domus nostra ad extraneos; aquam nostram pecunia bibimus: ligna nostra pretio comparavimus; Patres nostri peccaverunt, et non sunt, et nos iniquitates eorum portavimus* [*].

[*] *Acuérdate, ó Señor, de lo que nos ha sucedido: mira y considera nuestra ignominia.—Nuestra heredad ha pasado á manos de extrangeros, en poder de extraños se hallan nuestras casas.—A precio de dinero bebemos nuestra agua, y con dinero compramos nuestra leña.—Pecaron nues-*

No puede darse descripción mas literal de la actual situación en que se hallan los Judios; y lo mas lamentable es, que el cumplimiento de todas las profecías, los milagros, que no pueden negar estos desgraciados, y el torrente de luces que por todas partes difunde nuestra Santa Religión, en vez de iluminarlos, los ciegan y obstinan mas; siendo esta su misma dureza y obsecación una de las pruebas mas irrefragables del cristianismo. Pero dia llegará en que ellos abran los ojos, y congregue el Señor las dispersiones de Israel, para que hagan con nosotros un solo rebaño. Así está profetizado.

Mas ya es preciso concluir estas mis breves y sencillas observaciones, que solo las he formado, por el deseo que me anima de ser útil á mi pátria. Yo suplico á mis paisanos, que dispensen los defectos que haya cometido en ellas, y reciban solamente la buena voluntad con que he procurado por este fácil y breve medio instruirlos en materias, que al paso que son piadosas, excitan vivamente la curiosidad.

FIN.

tros Padres, y ya no existen, y el castigo de sus iniquidades le llevamos nosotros. Oracion de Jeremías cap. 5. ¡Pobres Judios!

NOTA.

Despues de publicada en Roma la precedente relacion, como me kubiese yo propuesto reimprimirla, he procurado rectificar de viva voz con su autor varios hechos, pues quisiera que hubiese sido mas difuso: jamás nos cansamos de leer, ni de hablar sobre lo que nos agrada. Esta relacion (me dijo) la formé en los veinte y cinco dias que estuve en el Lazareto de Malta; si la peste levantina no hubiera sido tan terrible en aquellos dias, habria viajado por otros países, y mi relacion seria mas extensa."

El Autor de la obra titulada: Jesucristo en presencia del siglo, ó nuevos argumentos, tomados de las ciencias en favor del catolicismo, despues de haber demostrado hasta la evidencia la verdad de la religion cristiana, hablando de la roca del Calvario, y prodigios ocurridos en la muerte del Salvador, dice:.... (pag. 195 y 96, tom. 2.) „La roca del Calvario llegó á hundirse violentamente, y aun hoy la geología queda impotente para explicar el caracter todo singular de tal fractura." Preguntado por mí el P. Guzman, me dijo sobre esta circunstancia: „Efectivamente he visto esta roca, que está detrás ó en el repecho del Calvario, se vé abierta y trozada, y se descubre un sumidero ó abismo, lo que está conforme con lo que dice el Evangelista S. Mateo al cap. 28. v. 51.... Y al momento el velo del templo se rasgó en dos partes, de alto á bajo, y la tierra tembló, y se partieron las piedras.... et petrae scissae sunt.

Reconocidos los libros ó registros que los Franciscanos tienen de los piadosos viajeros que han visitado aquellos santos lugares, no apareció en ellos que allí se hubiese presentado ningun Mexicano; esta dicha estaba reservada al P. Guzman, y á su lego el Hermano Florentino Gomez; pero ambos vieron con admiracion que enfrente del Santo Sepulcro se halla una imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe de México, del tamaño de la original, de buena pintura, con las cuatro Apariciones en las esquinas. Los Religiosos le preguntaron si sabia qué imagen de España era aquella: entonces recibiendo un gran gozo en su corazon, les dió la idea de ella, y contó su historia. Expectáculo, sin duda, consolador fué para un hombre que distaba tantas leguas de mar del lugar de su Aparicion! Subió de punto su entusiasmo, al ver que allí se hallaba un Turco viejo muy tonto, llamado Botros [que quiere decir Pedro], el cual no sabia palabra de castellano, y solo sí le decia con frecuencia el siguiente versito, pues solia obsequiarlo con algun licor:

Las Morenas me agradan,
desde que supe
que es Morena la Virgen
de Guadalupe.

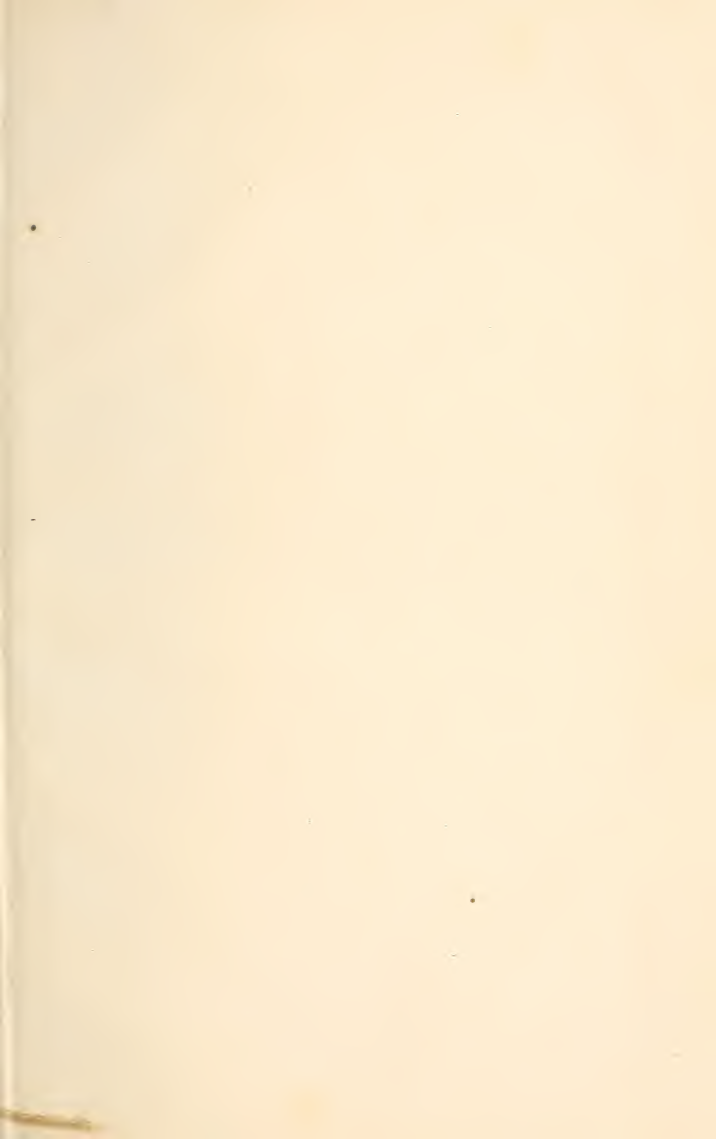
Vamos andando
á la fábrica nueva
de San Fernando.

Estas últimas palabras parece dan á entender que dicha Imagen pudo llevarla allí algun Religioso de S. Fernando de México, cuando se estaba edificando este Colegio en los dias de su fundador el V. P. Margil de Jesus. Se sabe que este versito se canta tambien en Andalucía, y tal vez de allí seria algun Religioso que acaso la llevaria de México; mas de esto no hay memoria.

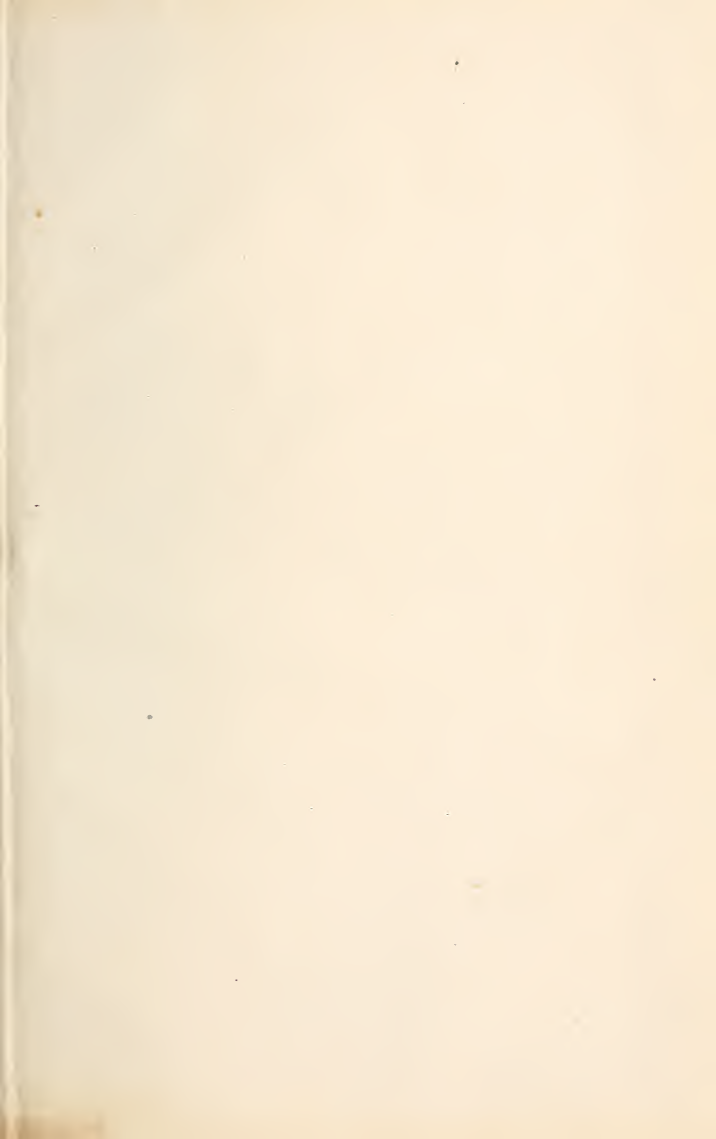
Es muy corto el número de religiosos latinos que cuidan de los Santos lugares, lo que se atribuye á la suma

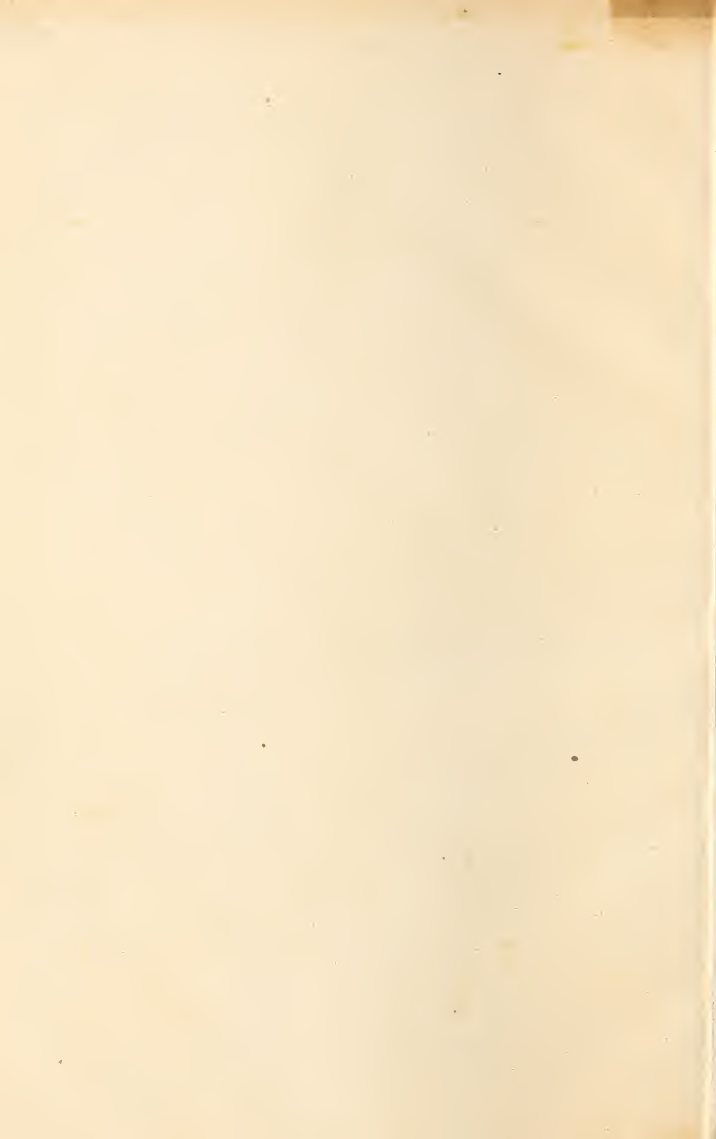
escasez de limosnas que hoy reciben para su sustentacion, por haber faltado las de España y Portugal, á causa de sus revoluciones interiores, en que los eclesiásticos han sufrido una terrible persecucion. Constituido México nacion independiente, y en paz y comercio con la Inglaterra, es muy fácil cosa remitir hoy por la via de Malta algunas cantidades, que antes se mandaban por la de España. Yo me atrevo á excitar á los piadosos Mexicanos á que practiquen esta grande obra de caridad, por lo que tienen de cristianos, y placer que les causa la relacion de aquellos lugares.

Tengo por imposible que se muestren tibios cuando se les excita á la ejecucion de una obra tan santa, que será muy grata á los ojos de Dios. En la tierra Santa todo lo han hecho venal los Turcos, por todo se les pagan crecidas sumas; cada vez que abren el Santo Sepulcro reciben una dádiva, y cuando se les niega recurren á la opresion y brutalidad que los caracteriza. La suerte de los Religiosos se haria mas llevadera, si siquiera se les permitiese sembrar, y dedicarse á la agricultura, y alimentarse con el trabajo de sus manos; pero están condenados á servir en un encierro perpetuo, y sobre la desconfianza; suerte que solo toleran por no abandonar dichos lugares, santificados con la presencia del Redentor, y ungidos con su Sangre adorable. ¡En los cristianos pechos de los Mexicanos tendrá lugar la insensibilidad respecto de estos varones tan dignos de su aprecio? ¡Sus ruegos al Eterno por la paz de los pueblos y propagacion de la fe católica en nuestras naciones bárbaras, no merecerán de nosotros una pequeña recompensa? Mexicanos, fijaos en esta idea, y alargad vuestra mano compasiva y generosa ácia objetos tan recomendables, como dignos de ella.—El Editor.











LIBRARY OF CONGRESS



0002771559A

